

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Papelón.

Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

PROVINCIAS

Tres meses.....	3
Sols.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar.....	5 pesos

CORRESPONSALES

25 números de El Motín.....	2,50
Idem del Suplemento.....	0,70

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



## ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

## CENTRO DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

## PERIODICO SATÍRICO SEMANAL

## A UNO QUE SE VA

Sr. D. Eduardo Gómez Sigura.

Querido amigo: He leído en los periódicos de estos días que te has pasado al partido conservador, y ¿por qué no confesártelo? he estado á punto de desmentirlo.

Y no porque, en esta época de traidores á la causa del pueblo vencido, me extrañe ya nada; es porque te quiero de antiguo, y también porque me molesta algo el haberme entusiasmado tanto con la lectura de la carta que publicaste al separarte del posibilismo.

La carta aquella, severa y razonada, resulta hoy apasionada é injusta. No, tú no debiste censurar á Castelar, teniendo ya un pie en los umbrales del partido conservador.

Castelar merece grandes censuras, mas sólo pueden dirigírselas los hombres que no dudan ni vacilan, que sacrifican su presente sin pensar en su porvenir, que tienen en nada su bienestar y su reposo; y que cuanto más acosados se ven, más resisten; cuanto más debilidades contemplan, más firmes se hallan; cuanto más la desgracia los persigue, y la injusticia peor los juzga, y la calumnia con más furia los ataca, más se aferran á sus convicciones, mayor es su fe, menos se quejan.

Los que en esta larga noche de proscripción y tristeza sienten angustia, pero no temor; los que no confunden la gloria con el éxito; ni se olvidan de ese eterno engaño á quien llamamos pueblo, ni creen que las circunstancias deben regular la conducta de los defensores de la democracia, esos, esos son los que pueden y deben censurar á Castelar.

¿Pero tú? No. Tú no debistes hacerlo desde el momento que no contabas contigo, que ignorabas adónde te dirigirías, que escribiste aquella carta con el fin de que te sirviera de puente para pasar á la orilla monárquica.

¿Qué equivocación tan grande la tuya, Eduardo! Haber renunciado á lo que constituía tu orgullo, para recoger humildemente las piltrafas que tus nuevos amigos te arrojan, es un error de que te has de arrepentir, y muy pronto.

Llegarás á diputado, ¿no has de llegar, si es tu sueño, si quizás por serlo te has olvidado de lo que eres? pero el día aquel empezará tu castigo.

Por las condiciones de tu talento, por tu carácter, por tus aficiones, tú estabas tallado para formar en la vanguardia de los apasionados, de los vehementes, de los que inician primero y luego impulsan, de los que arriban de entusiasmo cuando defienden la causa del débil, del oprimido, del que ha hambre y sed de justicia, del pueblo, en fin; de los que llevan consuelos, despiertan esperanzas, y contribuyen poderosamente á anticipar soluciones.

Pero ahora ¿qué vas á decir cuando hables? Pedirás la palabra, y la emitirás sin fuego, sin vida, porque ciertas ideas sólo pueden defenderlas con aparente calor los ambiciosos y los malvados; y al echar de menos los enérgicos tonos de otras veces, maldecirás el error que te ha llevado adonde estás.

Porque tú eras, Eduardo, uno de los pocos hombres que tenían derecho á permanecer dignos en medio de esta orgía de inmundicia, debilidades y apetitos; á luchar incansable, y al caer rendido alguna vez, levantarte con más bríos; á tronar contra la corrupción, escupir al fango, cortar lo podrido, sin pensar nunca en el premio; esto era lo digno de tí. Esto era ser soñador, esto poeta, esto artista.

¿Pero lo que has hecho?... ¿Qué dejas á los traficantes de la política, á los osados y los pillos, á los imbeciles y los degradados, si tú, que llevas dentro lo que alza, lo que purifica, lo que engrandece, te rebajas poniéndote á su nivel, para ser en último término su servil imitador ó su súbdito, porque saben más que tú en el arte de vivir de la intriga, de la degradación ó de la infamia?

¿Qué torpeza! Tener por todo patrimonio un nombre entre los privilegiados, y tirarlo al arroyo, y enlodarlo!

Porque supongo, Eduardo, que no creerás en la fábula del armiño. No; el fango lo mancha todo; y mancha tanto más, cuanto más puro es lo que á él se arroja.

Alguien extrañará que escriba esta carta á persona que no ha figurado en primera línea en política, cuando la traición de los Moret, los Martos, los Monteros sólo me inspiró asco y desprecio. El que piense así, ignora lo que tú vales, lo que yo te quiero, y que la defección de esos señores fué lógica: los mercenarios de la política, se ponen, como antiguamente los de la milicia, al servicio de quien mejor y más pronto los paga.

Sin embargo, ni mi amistad ni la conciencia de tu valía me hubieran decidido á tomar la pluma en la mano. Un hombre más, aunque ese fueras tú, descendiendo á la arena del circo de la incoherencia para disputar la gloria á los veteranos gladiadores de la inmundicia, no merecía la pena de fijar mi atención.

Lo que la ha puesto ha sido la noticia, dada al par que la de tu deserción, de que vas á publicar en breve un libro atacando á los republicanos; á tus amigos de tantos años, á los que debes el nombre que tienes en política.

Si lo has pensado, no lo hagas, Eduardo; no lo hagas. Permaneciendo en el partido, pudiera haber sido más ó menos oportuno, pero nunca cobarde y desleal; podía haberse tomado por la indignación de un alma honrada ante el cúmulo de miserias que nos enervan, pero nadie se hubiera atrevido á sospechar que te guiaba el deseo de congraciarte así con tus nuevos correligionarios.

Dentro ya del campo monárquico y en el partido que representa su matiz más odioso por albergar los hombres más corrompidos, la publicación de ese libro parecerá á algunos adulación vergonzosa, memorial de favores vivamente anhelados á otros.

Así, no publiques ese libro. Cuando hombres como tú dan pasos como el que has dado, lo menos que debe exigírseles es el silencio. El que abandona la mujer amada, podrá ser acusado de veleidoso; el que la difama por hacer méritos con la que la reemplaza, ese merece un nombre: el que tú le aplicarás.

Deja el cinismo á las prostitutas y á los inmorales de profesión. Equívocate, pero no te deshonres.

Voy á terminar, rogándote que me dispenses si he estado duro al juzgar tu inesperada evolución, cuando sólo quería ser justo, y fijate en mi despedida.

El día que halles pesada la atmósfera que has comenzado á respirar, y el lenguaje de los que labran la ruina en España te disuene más que de ordinario, ven á esta modesta Redacción, y encontrarás una atmósfera limpia de egoísmo; oírás una voz (no, dos), que nunca resonaron gratas más que en los oídos del pueblo, y encontrarás una mano leal que estrechará la tuya; ofrecimiento que, si vale poco en sí, no lo prodiga tu antiguo amigo y ex correligionario

JOSÉ NAKENS.

Postdata. — Al ir á ajustar el número, me dicen que has publicado ya el libro.

Ten por no escrito el último párrafo de esta carta.

## A "LA JUSTICIA"

«Nada puede ser tan funesto para la causa que defendemos como el hecho de arrojar barro á la cara de los jefes», dice nuestro querido colega *La Justicia*, de Pontevedra, y estamos conformes con su opinión.

A esto obedece el que jamás les hayamos arrojado ni una pella, contentándonos con decir á los republicanos que aun creen en ellos: «Ved cuán embadurnados salieron del 73, y qué poco han hecho por limpiarse luego.»

Y dicho esto por vía de introducción, vamos á desvanecer algunas apreciaciones que el colega hace en los tres artículos que nos dedica, sintiendo mucho que las condiciones especiales de *EL MOTÍN* nos impidan entrar en extensa polémica.

Reconociendo como reconocemos que la división entre los republicanos se acentuó el 73, poco importa que se hubiera iniciado el 72. En uno ú otro caso, no podrá por menos de convenir con nosotros en que la indisciplina de las masas se debió única y exclusivamente á los jefes que les habían imbuído ideas que luego no se atrevieron á llevar á la práctica; y también, como dice oportuna y gráficamente el colega, á las complacencias que tuvieron con unos y con otros, para mantenerlos á todos en aquella unidad ficticia é irracional.

No habla *La Justicia* de aquellos odios africanos que estallaron entre los jefes (y que subsisten todavía), los cuales fueron causa principalísima de la pérdida de la República, contentándose con decir que, *vencida en Enero de 1874, los jefes hicieron lo que debían hacer: retirarse á sus casas y esperar en silencio tiempos más favorables para emprender los trabajos de organización.*

¿Lo que debieron hacer? Permita el colega que nos admiremos. ¿Cómo! ¿Unos generales que han perdido por torpeza la batalla, cumplen con retirarse á sus casas diciendo *ahí queda eso*, sin intentar siquiera la reorganización inmediata de sus ejércitos para ponerse en condiciones, si no de atacar, de resistir al menos?

¿Esperar en silencio tiempos mejores? ¿Es decir, aguardar á que alguien levante la bandera cobardemente abandonada por ellos; que la mantenga enhiesta durante muchos años, y cuando ya el peligro no sea tan grande, salir y pactar con él de igual á igual, sin llevarle ni dinero, ni cañones, ni fusiles, ni siquiera una multitud disciplinada, sino el orgullo del abolemento y la táctica antigua que no fué bastante á impedir la derrota! Esto es cándido, por mas que sea cómodo.

Vino después el hecho de Sagunto, continúa el colega, y se presentó en la escena el Sr. Ruiz Zorrilla, pero... ¿se presentó con el carácter de federal? No.

¿Y para qué tenía que presentarse con tal carácter? Para que se unieran á él los que, á pesar de ser tan entusiastas federales, no se atrevieron el 73 á discutir y votar la Constitución federal, dando así pretexto al levantamiento de los cantones? ¿Valiente federalismo el de aquellos señores que consintieron en perder la República por no cumplir sus compromisos é implantar las ideas que habían proclamado como únicas salvadoras!

Por otra parte, ¿qué importaba que el Sr. Ruiz Zorrilla se presentara ó no con carácter federal, si traía el de revolucionario y antiborbónico, simbolizando así la protesta democrática? ¿De qué se trataba? ¿del predominio de esta ó aquella fracción republicana, ó de la honra y la dignidad de todos los revolucionarios de Septiembre?

Vemos, pues, prosigue diciendo, que éstos no ABANDONABAN COBARDEMENTE SU BANDERA, como dice el colega; estaban firmes en sus respectivos puestos; pero como nadie pedía su concurso ni levantaba el pendón que ellos defendían, natural era que permaneciesen quietos é silenciosos, como lo hicieron.

¿Llama *La Justicia* estar firme en un puesto al caer sin defenderse? Entonce, para ser lógico, debería llamar cobardes y desleales á los republicanos que en Sarriá, Zaragoza, Valladolid y otros puntos protestaron con las armas en la mano del golpe del 3 de Enero.

¿Qué nadie pedía el concurso de los jefes republicanos ni levantaba el pendón que defendían, y que por eso permanecieron quietos? ¿Y quién había de pedirles su concurso, si ellos eran los únicos obligados á reclamarlo á los demás? ¿Y quién había de levantar la bandera de la federación, para encontrarse con quien podía disputársela, si no con justicia, con autoridad al menos? Además, ¿necesitaban esos señores de estímulo ajeno para hacer lo que era de su obligación? En verdad que *La Justicia* es terrible en sus defensas.

Habla después de las conferencias del 81 en Biarritz; de si se comprometió Ruiz Zorrilla á aceptar la lucha legal, permanecer en París en son de protesta y no intentar ningún acto revolucionario sin cumplir antes ciertas condiciones que se fijaban, como si á nosotros nos fuera ni nos viniera en esto, por más que podríamos pre-



# EL MOTIN



¡Honor al que divierte!—¡Desdén al que produce!

Ayuntamiento de Madrid



guntarle: ¿Era obligatorio ni conveniente cumplir lo allí pactado, desde el momento en que Martos, Montero, Echegaray y cuantos los seguían se declararon monárquicos? Pero como esto nada nos importa, pasemos adelante.

Mejor dicho, no pasemos, pues tendríamos que escribir mucho para convencer al colega de que Pi y Salmerón sabían lo que se fraguaba en Septiembre del año 1886, por más que ignorasen el día en que el movimiento había de estallar; aparte de que este asunto es peligroso para tratado así, y que no somos nosotros los llamados a poner en claro aquellos sucesos.

Esto no obstante, permítanos el apreciable colega recusar una de las pruebas que tiene para afirmar que los jefes no sabían nada: la de que si el Sr. Salmerón hubiera creído en la proximidad del movimiento revolucionario, no habría recomendado en el *meeting* de Vigo la organización del partido para reñir la próxima campaña electoral. Sin duda *La Justicia* ignora que el señor Salmerón es tan prudente y reservado cuando los actos de fuerza se incuban, como apasionado y vehemente para protestar cuando fracasan. Además: ¿qué quería que hiciera? ¿publicar á son de trompeta lo que se tramaba y alabarse de que tenía parte en ello? ¿Olvida acaso que Cánovas desautorizó lo de Sagunto y llamó *botarate* á Martínez Campos, mientras el triunfo no estuvo asegurado?

Ocupase después de quién ha sacrificado más para llegar á un acuerdo, si Pi y Salmerón, ó Ruiz Zorrilla, resultando que no ha sido éste, según él; en seguida hace una erudita y científica distinción entre las palabras revolución, insurrección, rebelión, etc., dándonos una lección, que admitimos de buen grado (por más que estemos decididos á seguir creyendo que en este momento histórico los que prefieren los procedimientos de fuerza á la lucha legal se llaman revolucionarios, á despecho de diccionarios y etimologías); después se esfuerza en demostrar que Pi es revolucionario sistemático, afirmación que hará sonreír á sus mismos parciales, y acaba por aprobar su exigencia de que los actos de fuerza deben acordarse en *comité*, fundamento ó pretexto que sirvió para romper la coalición; pero, como sobre esto hemos dicho ya lo bastante en varias ocasiones, nos dispensará el colega que no reproduzcamos los argumentos de siempre.

Mas ahora entra lo bueno.

A nuestra pregunta de que cuál de los jefes había hecho más por traer la República, contesta rotundamente *La Justicia*: NINGUNO. ¿Cómo que ninguno? ¿Entonces á que viene eso de decir que Salmerón y Pi obraron como debían á raíz de los sucesos del 3 de Enero, y que han sacrificado después tanto para llegar á una inteligencia común, etc., etc? Si todo eso no servía para procurar la vuelta de la República, ¿qué objeto tenía? ¿Hacer que hacernos? ¿Engañar al país? ¿Adormecer á sus parciales? Gracias al Tiempo, único juez que siempre hemos invocado para que se haga justicia á nuestra campaña, ya vamos estando todos en el buen terreno.

Pero pensando así, ¿cómo defiende el apreciable colega al Sr. Salmerón? Si nosotros creyéramos (de lo cual estamos muy lejos) que el Sr. Ruiz Zorrilla no había hecho efectivamente nada por traer la República, no sólo no lo defenderíamos, sino que lo atacaríamos duramente. Conste, pues, que uno de los tres órganos del Sr. Salmerón en España declara que éste no ha hecho nada por traer la República, y prosigamos.

Asegura á continuación el colega que el retraimiento y los golpes de fuerza prematuros nos han desorganizado completamente, cual si el retraimiento no tuviera justificación en el censo restringido, y todos los golpes de fuerza no resultasen prematuros cuando son vencidos. Por lo demás, ¿qué organización ni qué niño muerto quedó después del 3 de Enero? Y si quedó, ¿qué han hecho de ella los jefes republicanos? Por todos lados donde la cuestión se mire, siempre resultará que EL MOTIN tiene razón al atacarlos.

¿Que ha hecho menos por la República el que más violentamente ha procedido? Si pudiéramos usar la ironía con tan cortés colega, le diríamos que tiene razón; que aquí lo indispensable para traerla es aceptar la lucha legal y renunciar después al cargo, como Salmerón; no hacer maldito el caso de él, como Pi; ó simular una oposición de agua tibia, como la actual minoría republicana; porque así es como se perturba á la Monarquía, se mantiene vivo el espíritu revolucionario, se inspira confianza al pueblo, y se entusiasma al país con la esperanza de que cesarán sus males el día que gobiernen hombres tan activos, tan enérgicos y tan esclavos de su deber; pero como reservamos la ironía para tratar con los necios pretenciosos, diremos seriamente al colega, que, sin el sacrificio de esos héroes que todos lloramos, no habría ya partido revolucionario en España, y que es impropio de su ilustración juzgar de la bondad de las acciones humanas por el éxito.

*La Justicia* pide á todo trance una bandera común que nos salve de la anarquía hasta que la Asamblea nacional resuelva en definitiva todas las diferencias; y que los partidos republicanos se organicen y fijen sus programas para saber qué hemos de hacer en los momentos peligrosos de la victoria; sin advertir que eso nada resuelve, porque un programa común tenían los republicanos del 73, el federal, y sin embargo no pudieron entenderse. Con bandera y sin bandera, con programa y sin programa, la revolución llegará esta vez adonde debe llegar, ó no será tal revolución. Ahora, si se trata únicamente de sustituir la palabra Monarquía por la de República, dígame claro, y así sabremos á qué atenernos.

Y termina declarando, que si hoy le dijeran que el triunfo de la República había de traerlos escenas como las que hemos presenciado en 1873, de buen grado y para siempre renunciaría á ella, prefiriendo que siga

siendo un bello y consolador ideal de la vida política, antes que verla segunda vez deshonrada y vencida.

Todo eso está muy bien; pero vamos á contestar al colega con sus últimas palabras.

Si aquel desastre lo prepararon los carlistas, los moderados y los radicales, según confiesa, ¿no le parece que lo necesario para que la República viva y se imponga es obrar con la energía revolucionaria que les faltó á los hombres del 73, y poner desde los primeros momentos á los radicales, á los moderados y á los carlistas en condiciones de que no vuelvan á hacer de las suyas?

Como todos estuviéramos conformes en esto, crea *La Justicia* que sobran programas y banderas; á menos de suponer que nos perdimos el 73 por lo que hicimos, siendo así que fué por lo que dejamos de hacer.

Hemos procurado contestar en un artículo á los tres que el colega nos dedicó, y esto nos ha obligado á tocar algunos puntos á la ligera. Dispénsenos, y atienda á la intención.

## LA CARICATURA

¿Quién dice que nuestras clases conservadoras son frías, indiferentes, incapaces de sentir y emocionarse?

Ahí está lo más distinguido y selecto; la crema de la aristocracia, de la banca y de la política, aclamando delirante de entusiasmo al caballo vencedor en las carreras.

¿Puede darse espectáculo más conmovedor que el de esas damas elegantes y esos apuestos caballeros, premiando con sus aplausos la velocidad del jaco que les hizo ganar una crecida apuesta? Esa explosión del sentimiento, ¿no es verdaderamente sublime?

Sólo los murmuradores de oficio pueden censurarla, alegando que mientras el caballo que divierte se ve seguido de lucido cortejo, el obrero que produce es conducido moribundo al hospital, sin mas acompañamiento que el de su desolada familia, y sin que su desgracia despierte el menor interés.

Pero de ese sentimentalismo cursi, ¿quién hace caso?

Nadie, y menos estos gobiernos monárquicos que dedican muchos millones á construir un hipódromo donde los caballos puedan lucirse, y ni un céntimo, ni una disposición para salvar con redes de seguridad en los andamios la vida del albañil.

Lo más que puede concederse es alguna frase de conmiseración mezclada con las del entusiasmo que produce la brillantez de las carreras. Así debe creerlo el director de *La Epoca*, que, hablando de lo pintoresco que estuvo el desfile de las que se verificaron ha poco en Barcelona, se lamentaba del triste espectáculo que ofrecían las fábricas cerradas á los lados del paseo.

Y aun esa lamentación me parece injustificada; pues estando las fábricas cerradas se evitaron los asistentes á las carreras el aspirar, en vez del suave olor de las flores y de los perfumes de las damas, ese otro producto repugnante del sudor del obrero.

Dejemos, pues, que nuestras católicas, apostólicas, romanas y monárquicas clases conservadoras, sigan, como hasta aquí, concediendo honor al que divierte y sintiendo desdén hacia el que produce.

## PALOS Y PEDRADAS

El polizote de Nueva York Carlos Rickerd fué sorprendido robando en una de las casas del barrio que vigilaba la noche del domingo 6. Fué arrestado, suspendido de sus funciones, acusado, juzgado y condenado á diez años de presidio, que empezó á cumplir á las seis de la tarde del día siguiente al en que cometió el crimen.

Ningún comentario mejor á esa noticia que esta otra: «Ya falta poco para que se verifique la vista de la causa que empezó á instruirse en Alcoy el año de gracia de 1873, toda vez que acaba de pasar al fiscal para su calificación».

De los procesados sólo quedan veinte, habiendo muerto los restantes. La causa consta de 28 ramos, formados por 20.616 fojas en primera instancia.

De los veinte procesados que á la vuelta de quince años se permiten el lujo de conservar la vida es posible que Dios llame á juicio á más de la mitad antes que se haya pronunciado la última palabra en el proceso.

Si lo primero es justicia, ¿lo segundo qué es? Un solo hecho de esta clase (y no es solo, pues en el mismo caso están los presos de Montilla y Arcos) bastaría para justificar en un día dado los mayores excesos.

Por estas y otras cosas como éstas somos partidarios de la revolución por la revolución.

Y nadie nos afea de nuestro villaverde.

En la calle del Pacífico se cayó el martes de un andamio un trabajador, quedando en gravísimo estado. En una camilla fué conducido al hospital.

¿Y aquella manifestación que iban á celebrar los albañiles para pedir que se cumpla la ley en la cuestión de andamios?

¿Qué hacen los farsantes asalariados por los obreros que no levantan el espíritu de la clase, y agotan todos los recursos para que esas desgracias se eviten?

Para estos casos debían reservar sus bríos, no para vociferar contra los republicanos, y agotar el vocabulario de las palabras muertas.

Pero díga el *Benedito*: «Ande yo caliente y que el albañil reviente».

Un joven de diecisiete años, llamado Mariano Culebra, jornalero, fué apaleado por unos dependientes de consumos en la calle de Lista, fracturándole el brazo derecho y causándole unas cuantas heridas en el cuerpo.

Está visto que lo más peligroso es topar en estos tiempos con cualquier fusionista, por poca autoridad que ejerza.

Un día son los vigilantes de Seguridad, otro los de Consumos los que apalean.

Yo no sé por qué les llaman vigilantes, cuando los verdaderos vigilantes debían ser los ciudadanos pacíficos para librarse de las acometidas de aquéllos.

Los señores Melgares y Lustonó, redactores de nuestro apreciable colega *El Coco*, han sido apaleados traicionablemente en la calle de Sevilla por cuatro ó cinco desconocidos, sin que asomase por allí ni un solo polizonte.

En cambio el que se presentó en la redacción de *El País* á prender al director, que ya estaba en la cárcel, cargó con el amigo Tuero, por encontrarlo á mano.

Es admirable el celo que tienen para vigilar y el tacho para prender.

Un periódico dice que Bismarck contempla con vivísimo placer el desarrollo de España.

Es natural: como que al paso que no llegan á doce millones de pesetas el valor de las mercancías que exportamos para Alemania, importamos de ella por valor de 103 en 1886.

Esto por un lado, y por otro que cuanto más se desarrolle, más tendrá que devorar el día que los conservadores volvieran á permitirle hincar el diente.

Mirando atentamente á Sagasta, que estaba descubierta en la tribuna regia del hipódromo en Zaragoza, dice *El Diario* de aquella ciudad que exclamó un baturro:

«¡Otra que redió! ¡Y yo que había venido sólo por verle el tupé!»

Es que el tupé ha corrido la misma suerte que el liberalismo de D. Práxedes.

De uno y otro no queda mas que el recuerdo.

Ha muerto el gobernador de Madrid, Sr. Duque de Frías.

La única vez que nos dirigimos á su autoridad, rogándole que sacase del convento de Adoratrices á una joven allí secuestrada, lo hizo en el acto.

Reciba nuestro pésame la familia del cumplido caballero y del justo y atento gobernante.

Uno de los opositores á la canongía penitenciaria de Salamanca, D. Próspero Tuñón, ha presentado ante el tribunal eclesiástico diocesano demanda, por coacción é injurias, contra el prelado y el cabildo de la catedral.

—¿Qué es eso?

—Un señorito que le ha quitado la capa á otro.

—¿Cosas de ellos!

El alcalde de Puente Viesgo ha impuesto una multa de quince pesetas á un panadero del pueblo de Vargas por expender panes con 700 gramos de peso, teniendo la marca de 500.

Traficará él ó pensará traficar en lo mismo, y querrá de ese modo evitar que el público encuentre demasiado chicos sus panes.

En una sociedad de recreo de Almería se ha anunciado la lectura de una Memoria titulada «Influencia de Lagartijo en la civilización moderna».

Indudablemente debe tenerla, y grande, cuando el órgano del Sr. Salmerón recurre á ella, hermanada con la del krausismo, para trabajar en la obra del progreso.

Convencidos ya de que no es el Sr. Rasilla quien ha salido para Barcelona comisionado por el Ayuntamiento de Madrid con la modesta dieta de setenta y cinco duros diarios, sólo nos resta preguntar:

Si no es el Sr. Rasilla, ¿quién es el que ha ido á darse ese verde?

Un empleado de Tortosa se ha alzado con 8.000 duros, y hay quien por esto lo censura acremente.

¿Como si el infeliz tuviera la culpa de que no hubiese más en caja!

Un Sr. Valledor, ex diputado republicano, ha ingresado en el partido canovista.

Ni los republicanos pierden ni los conservadores ganan.

## NOVELAS DE EL MOTIN

Se ha puesto á la venta una nueva, titulada *Criadero de Curas*, original de Alejandro Sawa.

Precio: UNA PESETA.

## BIBLIOTECA DE EL MOTIN

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS, por D. R. H. de Ibañeta. — Décima edición. — Dos pesetas.

LO QUE SON LOS CURAS, por el cura Juan Meslier. — Dos pesetas.

LOS JESUITAS, Su vida, costumbres, adulterios, asesinatos, reglados, envenenamientos y demás pequeñas cometidas por la célebre *Compañía de Jesús*, desde su fundación hasta la época presente, por Ignacio de Lozoya. — Dos pesetas.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.